LA RELACION INTELECTUAL Y POLITICA ENTRE JOAQUIN COSTA Y RAFAEL ALTAMIRA

GEORGE J. CHEYNE

El objeto de esta ponencia es examinar la relación intelectual y política entre Rafael Altamira y Joaquín Costa, tal como se nos presenta en la correspondencia que sostuvieron desde 1888 a 1911. Parte de este material estuvo en mi poder desde hace años, pero conocía sólo las cartas de Altamira a Costa, de las que por cierto publiqué seis en el **Bulletin Hispanique** en ocasión del centenario de su nacimiento. Aunque había hallado algún borrador de Costa, inminentemente la generosidad de la familia Altamira, al facilitarme copias de las cartas conservadas por don Rafael, ha permitido reunir un epistolario casi completo.

En este intercambio, que tan sólo la muerte de D. Joaquín interrumpe, predominan las cuestiones históricas y políticas. Hay muy poco, casi nada, referente a las vidas personales de ambos amigos. Quizá la razón de ello sea que, al dirigirse a Costa por primera vez, Altamira era muy joven. Recién doctorado y algo inseguro ante el porvenir, a pesar de su resolución explícita de ser catedrático, se hallaba ante un hombre que gozaba ya de cierta fama de investigador y que además le llevaba veinte años. En efecto, Costa había publicado ya cinco libros sobre Derecho, había contribuído a Congresos sobre Jurisprudencia y Pedagogía y era profesor en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación y en la Institución Libre de Enseñanza (cuyo **Boletín** había editado y ampliado). Por si eso fuera poco, había dirigido la **Revista de Geografía Comercial** y promovido el movimiento de Las Carolinas y ayudado a ganar para España el litoral del Sahara. Es natural que ante un hombre de tanto dinamismo y vigor mental Altamira no se haya sentido con derecho a tocar ningún tema que no fuera de estudio.

Creo fundamental señalar aquí que es de toda de evidencia que la amistad entre Costa y Altamira se cimenta en el afecto de los dos hacia quien había sido el maestro de ambos, D. Francisco Giner de los Ríos, y su lealtad a su obra pedagógica, la Institución Libre de Enseñanza, cuyos ideales no dejaron de apoyar a lo largo de sus vidas. Referencias a la Institución, inquietud por la cátedra y la salud de D. Francisco, y recuerdos para «los de Casa» aparecen con frecuencia.

Desde la primera carta, se entra en una atmósfera de entrega al estudio. Altamira, que escribe desde el Museo de Instrucción Primaria, está trabajando sobre el texto de su tesis doctoral —La historia de la propiedad comunal— para convertirlo en libro, y Costa, por su lado, prepara el tercer artículo para su «Ensayo de un plan de la Historia del Derecho Español», que publicará la **Revista General de Legislación y Jurisprudencia.** En su tesis, Altamira había usado material de Costa sobre íberos y celtas pero, al verlo en pruebas, Costa introdujo correcciones y de hecho refundió lo escrito. Altamira se muestra muy satisfecho: «No he tenido que tocar nada a su original, si no es añadir algo mío que redondeaba la exposición» y pide permiso a Costa para citarle. «Me pone nervioso ver ese apellido en letras de molde», protesta Costa, pero «en gracia al mucho tiempo que ha tenido que dedicarme con motivo del artículo» (Altamira había comprobado citas y datos para D. Joaquín; se trata del Artículo sobre la inscripción ibero-latina de Jódar) se lo concede, ya que así puede «poner sobre aviso a la gente que ha tomado en serio mis cosas célticas». Hay otro claro ejemplo de cómo Costa evita trabajo a Altamira, cuando tiene que pedirle que, como favor, escriba una nota bibliográfica sobre la exposición del proyecto de Código civil alemán hecha por Bienvenido Oliver, le envía una «sugestión» de dos páginas largas por si le sirviera. En realidad, la nota entera.

La ayuda es mutua, pero pronto es evidente que Costa está guiando a su amigo: le orienta en cuanto al Código Theodoriano, edición de Gothofredus, «obra que debe V. ver inexcusablemente» y le advierte que el Breviario de Alarico «nunca ha sido derecho español». «En todo caso», añade, «debe V. preguntara a Hinojosa» y le facilita la dirección. Le vemos también aconsejando a Altamira sobre el libro que está preparando: «Siendo español, creo que debe dar V. mayor importancia a lo nacional (o sea a lo ibérico y céltico) que la que resulta de su relato, demasiado sucinto, y que no caracteriza suficientemente lo peninsular ni contiene lo más substancial que distinga esta civilización de las griega, latina, etc.».

Altamira aprecia el tiempo que Costa le dedica «porque mi dificultad consiste en no saber dónde encontrar esas fuentes» y, por su parte recomienda a Costa varios libros que conoce por su trabajo como bibliotecario y director de publicaciones del Museo. «Le indicaré a V.», dice, «algunas (obras) con que me voy encontrando». También le confía que vuelve a sus estudios de De-

recho «completando mi lectura de todos los autores que han tratado del asunto... y empezando en Ontañón las lecturas sobre los clásicos... y estudiando el alemán, ya indispensable».

Aunque todas las cartas son de interés, pues revelan cómo se desarrollan los trabajos que tienen en telar los dos amigos, son especialmente atractivas aquellas que ayudan a comprender mejor la orientación que están dando a sus vidas.

En cartas de 1891 y 92, además de comentar sobre costumbres en los pueblos, Costa insiste acerca de Altamira para que haga «la nota prometida acerca de la **bolsa o cotización regular del agua** de riego» en la región alicantina, dado «el interés que... tiene para la economía (importancia real de los riegos en la agricultura española y en la economía general de España, no comprendida aún por los políticos)». Pero Altamira ha comunicado ya a su autor su falta de interés en la política: «Estoy más desligado de [las campañas políticas] de lo que hechos recientes, más aparatosos que de contenido real, podrían hacer suponer». También parece buscar consejo o señales de aprobación para su técnica de estudio: «No excedo de 7 horas de trabajo, como maximum, incluyendo el Museo y las lecturas».

Otras cartas de ese período demuestran claramente la continua y concreta influencia de Costa. Altamira le envía un esquema bastante detallado de programa para la Sección de Historia de la Facultades de Filosofía y Letras y termina: «Qué se le ocurre a V. sobre esto, para ilustrarme?». A Costa se le ocurre mucho. Casi enseguida contesta: «Encuentro en su plan demasiadas asignaturas (sobre todo en relación con la miseria del país y la escasa población universitaria y de todas clases) para Facultad, y demasiado pocas para Hautes Etudes» y le propone un programa tan bien construído que merece estudio aparte. Altamira, reconociendo el consejo, promete «cargar sobre los estudios de historia de España, como V. también desea». Costa sigue dando directivas en otra carta que empieza «Para que no se me olvide, y por lo que pueda servir en las clases de Fuentes de la Historia de España (que debe haber una y no floja) deben seguirse prácticas constantemente, unas **las de cajón** (sacar calcos de inscripciones el Museo y en las ciudades visitadas...» La lista es larga y práctica: «aprender a vencer las dificultades que ofrecen las piedras mal situadas, encaladas, etc.») y otras de **Hautes Études»**, y sigue otra enumeración de fuentes entre las cuales señala la poesía popular, los cuentos, las costumbres que son un «documento histórico de colosal importancia para la historiografía... y como la **fuente** de ellas es oral, y además para interpretarlas es preciso sorprenderlas en su medio y verlas en acción, se imponen los viajes y viajes callados, no de serenatas y discursos». Costa, uno de cuyos libros ya entonces publicado es **Introducción a un tratado de política sacado textualmente de los refraneros, romanceros y gestas de la Península**, acaba su carta con esta frase: «Creo que es inútil decirle a V. todo esto, pero a ve-

ces una palabra sugiere a otro, especialista, un concepto provechoso y no **actualizado** aún». Altamira recoge sus advertencias que dice «reflejaré en lo de nuevo que tienen» y declara «basta de libros y de dilapidar fuerzas. Concentraré todos mis esfuerzos en un punto, dando homogeneidad al trabajo intelectual... Si puedo, a la vez, contener mi neurosis de publicista, me he salvado». Costa se alegra por sus «propósitos de concentración a una cosa, y que esa cosa sea de estudio y no de acción... Aunque escriba V. algo de comentarios y ayude algo a Salmerón en su bufete, limítese a lo estrictamente preciso, calculando que todo lo que tenga que poner en eso, ha de quitarlo de intensidad en la preparación de sus cursos» (aunque con un deje de sorna, le había escrito antes: «sobre cualquier cosa hacen Vds. un curso»). Más adelante, le sugiere una serie de revistas extranjeras en las que de cuando en cuando se habla de cosas de España.

La intensidad de los intercambios epistolares no aminora. El aragonés había emprendido ya su misión política con la fundación de la Liga de Contribuyentes de Ribagorza, que se convertiría luego en la Cámara Agrícola del Alto Aragón, pero no se alude a esto directamente en las cartas, que siguen dedicadas a sus labores intelectuales. Así Altamira agradece a Costa su juicio y observaciones sobre su libro **La Enseñanza de la Historia**, que aprovechará para la segunda edición que cree no tardará mucho «por ser la primera corta (500 ejemplares) y gratis». Por su parte, Costa continúa pidiendo a Altamira que le busque datos en el Ateneo, menciona «la canallada de la cátedra de Giner», y habla de costumbres locales y folklore; ambos están de acuerdo en la importancia del agua en costumbres y economía. Altamira glosa el desarrollo de los planes político-hidráulicos de Costa (quizá la primera referencia a política, sensu stricto del epistolario) y le pregunta si «la gente penetra el sentido práctico de las ideas de V.» Sintiendo quizá que su amigo y corresponsal tenga interés en **hacer** algo práctico, Costa le invita a asistir al Meeting de Tamarit y a hablar en el de Barbastro sobre «el agua como elemento de movilización económica de la tierra». La contestación no se hace esperar: «No puedo en manera alguna aceptar el ofrecimiento de V. que estimo mucho.., por estar fatigadísimo... y porque creo que esta obra tan meritoria y práctica debe ser hecha exclusivamente por elementos del país». Pero añade —y Costa lo tendrá en cuenta más tarde— «me servirá lo que Vds. hacen de gran ejemplo y enseñanza para intentar cosa análoga en mi tierra». Unos párrafos más adelante desea para la política hidráulica de Costa «todo el éxito que merece... y que me interesa en el alma (porque cada día me hago más **campesino** y siento latir con más fuerza la sangre local y los problemas vitales, de fondo, que lleva consigo)».

A finales de 1892 Altamira consulta a Costa sobre «cómo entiende la confección de un periódico a la moderna, secciones que puede comprender y sugestión de asuntos desconocidos todavía en nuestra prensa». No sin cierta sorpresa, Costa quiere saber qué carácter tiene el periódico, si político de par-

tido, si político independiente de partidos, etc. pero de todas formas le adjunta una nota, que por desgracia no tenemos.

El 3 de diciembre aprendemos que Altamira se había encargado del periódico **La Justicia**. En una carta rebosante de entusiasmo, expone a su amigo sus planes para que el periódico sea «Un órgano de los intereses nacionales, no madrileños, y un instrumento de cultura nacional». Asegura a Costa que tendrá en **La Justicia** un medio mejor que **El Liberal** y **El Imparcial**, donde exponer «los graves problemas de Aragón, y aun los generales que V. conoce como nadie». Le habla de la redacción y de las muchas personas eminentes con quienes piensa contar: los de Oviedo, claro está, y Azcárate, Clarín, Emilia Pardo, Menéndez y Pelayo, entre otras. «La parte política», continúa, «irá acentuada, pero sólo como un elemento del periódico, no absorbiendo a los demás y procurando no enseñar la punta de **partido»**, y añade que el periódico tendrá corresponsales en Londres, París, Lisboa y Cardiff, ciudad esa última que no puedo negar me llamó la atención. Pide colaboración y propaganda a Costa, quien promete hacerlo gustoso, aunque teme que Altamira fracase en su empeño, por falta de fondos y porque «la masa neutra que es quien habría de aplaudirles, no lee; los que leen quieren discursos, misceláneas, crímenes, loterías, toros, balances y últimas horas, importándoles poquísimo, si algo, los intereses nacionales».

En la primavera del 93, Altamira expresa a Costa una alegría que evidentemente le cuesta contener: «En la Universidad de Chile», dice, «se ha creado una Cátedra para aplicar la metodología de la historia como la explico en mi libro» [La Enseñanza de la Historia]. Calurosamente le felicita Costa con un «ese Museo vale un Perú», y poco después: «cómo diablo lee y escribe tanto!», refiriéndose a **La Justicia**, de la que está algo quejoso por no haber «coadyuvado a las cosas de nuestra Cámara Agrícola». Quizá para hacer sus comentarios menos personales Costa se fija en una sección cómica reciente, por la que ataca severamente a los dos redactores responsables (Ochoa y Carretero, amigos de Altamira), saliendo en defensa de Cánovas: «cuando un hombre como Cánovas va a hacer un discurso... acerca de Dª Concepción Arenal, hay que agradecérselo y aplaudir o censurar en serio, pero no echar su discurso a chacota». A su frase de despedida, «espero que no lleve a mal la observación» responde Altamira el 9 de mayo, en palabras que confirman la verdad de esta ponencia: «Cómo puede V. pensar que sus observaciones tocante al periódico puedan molestarme? Por el contrario, en eso y en todo lo que se me refiere, las deseo y las solicito. No en balde es V. una de las personas que más han influido en la formación de mis ideas y deseo que la influencia se continúe».

Es, creo, a finales de este año que Altamira deja **La Justicia** (trabajo que Giner no había querido que emprendiera) para regresar a la historiografía y abrir una serie de conferencias sobre el siglo XVIII, algo que Costa acoge

complacido, aun lamentando no poder ayudar a su amigo con bibliografía, juicios o indicaciones. «Del período ibérico», admite, «supe una porción minúscula de lo que hay; fuera de allí, nada. Una Memoria de doctorado que borrajeé en mis mocedades sobre Introducción a los orígenes de la Revolución española, quedó con mis demás papeles en mi retiro de Graus».

El año 1895 transcurre en una charla continua sobre preocupaciones investigadoras, pero el punto central es la fundación de la **Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas,** por la que Costa envía a Altamira su más cordial enhorabuena: «Está muy bien hecha, corte europeo» escribe, aunque recela que Altamira no podrá con la carga más allá de seis meses. En esto no se equivoca del todo, ya que la **Revista** cerró en setiembre ante de renacer bajo otro título, en diciembre del 95, para continuar hasta 1910, coeditada por Altamira, que había recibido importantes originales de Argelia, Suecia, Italia, América, además de España. No es sorprendente, pues, que Costa encuentre la revista «interesante, nutridísima y variada. Comprendo que interese a los extranjeros, tan metidos con nosotros como **objeto** de arqueología». Sigue todavía la preocupación común por la **Memoria** preparada por Altamira sobre el mercado de agua en la Huerta de Alicante, estudio que después de parecer en forma de artículo, entró a formar parte del segundo tomo de **Derecho consuetudinario y Economía Popular de España** (1902)

Entre las cartas de 1897 hay una nota, sin fecha, que en su tiempo bien hubiera querido Costa haber escrito «Querido Costa, he sido votado catedrático por mayoría. Iré a contarle a V. detalles. El tono confiado y la evidente alegría de este breve mensaje habrán dado a Costa honda satisfacción, pero no tenemos testimonio escrito de ello, ya que el nuevo catedrático decide, llanamente, visitar a su amigo. Algo más tarde se queja desde Alicante de lo difícil que le resulta suprimir su «neurosis de publicista». En un mes y medio ha escrito «un artículo para **The Athenaeum,** otro, muy largo para la **Revue historique,** un tercero para la **Revue suisse,** dos para **El Imparcial,** tres para **La Ilustración** (que con esto de no querer **cosas serias,** sino cuentecitos **muy morales,** me ha fastidiado de lo lindo), cuatro o cinco para la **Revista Crítica...** La mar ¡Sea todo por Dios!».

Las cartas más importantes de 1897 son de noviembre y diciembre. Después de cumplimentar muy finamente a Altamira por un artículo aparecido en **El Noroeste,** Costa le reprocha haber puesto en su trabajo «una miaja de fantasía constructiva», de la que es muestra «el papel que atribuye a mis pequeños ocios en la génesis y preparación del programa político de la juventud». «En ese detalle» protesta, «la imaginación ha necesitado desencadenar todo su metal; me inventa V: no estoy tan complicado como todo eso en el **movimiento:** ¡en el movimiento que no anda!». Siguen luego unas líneas muy amargas sobre el estado del país: «no tenemos patria intelectual ni política: sólo el individuo vive, y ese, o duerme y no piensa y se deja expoliar,

vejar y arrastrar cobardemente al matadero, o piensa demasiado y está enfermo del corazón, hecho piedra... no acordándose de sus hermanos» y más adelante: «quiero decir que hay jóvenes y hasta viejos, de mucho de muchísimo valer, pero ni unos ni otros formarán legión, porque falta el espíritu... ojalá me equivoque».

En una contestación muy medida, Altamira afirma que «he dado a V. en el movimiento que yo llamo de 'renacimiento ideal' el puesto que sinceramente creemos todos que le corresponde, y no dude V. que la juventud se acuerda de V. y aprende en V. más quizá de lo que V. mismo cree». A esto sigue un párrafo que para mí resume el optimismo positivo e inquebrantable de Altamira y que en cierto sentido nivela las relaciones entre los dos hombres: la confianza es tal que Altamira puede no sólo no estar de acuerdo con Costa, sino que puede llevarle la contraria para frenar su pesimismo.

«No se me oculta», dice, «la parte **constructiva** que puede haber en mis artículos y de intento la he mantenido en ellos. No creo engañarme al decir que hay **fermento** en la juventud (en los retraídos, en los que no bullen o dejaron de bullir); y opino, con deseo de acertar, que la manera mejor para que las cosas cuajen es suponer que ya han cuajado, animando a la gente. La masa es tan difícil (en todas partes) para moverse que hay que hacerle creer que se ha movido ya y que **puede** moverse, en vez de desanimarla...» y concluye «Dejemos esto. Después de todo, en el deseo, en la intención... y **en las obras** (pues V. trabaja más que nadie), todos estamos conformes».

Los primeros meses del fatídico 1898 transcurrieron seguramente ocupados en el trabajo de la Universidad y Adiciones al Derecho Consuetudinario. Así lo indica la primera carta significativa de este año en la que Altamira alude oblicuamente al desastre en un post data: «Paso mis tristezas **españolas**» confiesa «recogiendo Derecho consuetudinario alicantino».

Costa admira la «expedición» de su amigo para enterarse de los libros y escribir artículos y casi proféticamente le llama Ministro de Letras Extranjeras. Inmediatamente se inicia un examen del estado del país, pero sobre todo se debate la acción que debería tomarse. Costa lamenta que no «se anuncia absolutamente nada que represente **renacimiento ideal**». Al usar la frase inventada por Altamira, invita y consigue, sus comentarios. Vienen estos envueltos en una discusión del texto del discurso en preparación de apertura de curso de la Univesidad de Oviedo, que le toca hacer a Altamira. Se trata del famoso **El patriotismo en la Universidad,** tema que le inspira tantos «largos incisos» que decide hacer de ellos un folleto aparte, que finalmente se convertirá en su **Psicología del Pueblo Español.** Altamira adelanta la hipótesis de que habría que practicar un «Pesimismo metódico» (como la célebre 'duda') pero siempre temperado por la necesidad de «no matar la esperanza». «Lo que falta a la masa nueva es empuje... para romper la obstrucción sólida que

los políticos viejos y la prensa oponen incluso a la expresión de lo que bulle entre los que no ocupan sitio». Esa confianza de que «la masa» respondería a la llamada de «hombres que tienen prestigio y están desligados de todo partido, como V. y cualquiera de nuestros amigos del Obelisco, de Oviedo, etc.», esa confianza empieza a ser una constante en su modo de pensar positivo. Cree que tales hombres deberían «emprender ahora una campaña de difusión de ideas».

Esta vez es Costa quien se retrae, señalando la posibilidad de que sean los del Obelisco quienes tomen la iniciativa. «Giner parece inclinado también a que debe intentarse la iniciación de tal obra...» y da una serie de razones por las que «con una dirección como la suya... podría crearse algo que no sufriría los defectos de los 'partidos políticos' [vanagloria, rebeldía, cabecillismo]. Cae luego en la tentación de delinear cómo y de qué manera la «asociación» podría funcionar (la descripción en estos momentos es todavía la de una Liga), pero al final de la carta se mantiene firme en su apartamiento. «V. piensa que vale la pena hacer la experiencia; Giner, parece lo considera obligado en conciencia. A ello pues, hombres de fe!», añadiendo, «figúrese con qué gozo vería desde mi retiro de la frontera (Hendaya o Fuenterrabía) donde pienso avecindarme, que me había equivocado». Y final toque amargo: «Ahí tiene V. mi respuesta sobre lo que le preocupa, como nos preocupó a Salillas y a mí, años atrás cuando aún brillaba sobre España la esperanza».

Altamira, aunque repite su ya conocida aversión a la política activa: «De mí sé decir que si puedo servir algo para trabajar como propagandista, no sirvo absolutamente nada para gobernar», no consiente que Costa se inhiba, «ahora lo que sería preciso», nota, «es que Giner se decidiese con los suyos a luchar en la forma que V. dice **y yo también pienso,** saliendo del aislamiento de aquella casa... y si él se lanza y con él unos cuantos ¿nos dejaría V. huérfanos de su poderosísimo concurso?».

Costa se mantiene firme. En su respuesta a Altamira hace caso omiso de esa llamada, cuerpo de la carta de Altarmira. Al contrario, se limita a ofrecer simpatía y consejo por el aparente olvido con que algunos amigos y eruditos han recibido su libro **(De Historia y Arte),** escogiendo así responder a aquello que tan sólo ocupaba un post data en la carta de D. Rafael.

Por fin Altamira pronuncia su Discurso en la Universidad y la felicitación de Costa no se hace esperar. «Los problemas que V. plantea —restauración del crédito de nuestra historia, psicología colectiva de España— son de alta novedad y capital importancia»; e inevitablemente vuelve a la política, además de comentar sobre la Universidad. Pero lo más llamativo de esta carta son las sugestiones de Costa, ampliando una idea de Altamira: no sólo debe llevarse la contribución intelectual de los españoles a América, (y ya sabemos el éxito que en eso tendrá Altamira), sino a Europa también y, típicamente, y de inme-

diato, indica cómo debe hacerse esto: «Los profesores y alumnos —alumnos todos— que vayan a estudiar fuera, no deben ir con las manos vacías...: deben ir acompañados de un inventario y recapitulación, en uno o más volúmenes..., de ese poco pero sólido que España puede brindar a Europa en parte de pago de lo que se le pide». Parece vislumbrarse por primera vez la Residencia de Estudiantes.

El 20 de noviembre Costa asume la obligación de conciencia que Giner se había limitado a señalar y lanza un Programa-Manifiesto que iniciará su penúltima andanza política y culminará en la **Unión Nacional.** Altamira se apresura a comunicarle en su nombre y el de los de Oviedo «nuestra admiración y nuestra adhesión» al programa. En la última carta de este año, Costa se muestra escéptico: «lo de la adhesión del grupo de ahí debe ser broma, porque nadie ha pronunciado», pero no por ello deja de exponer lo que debería ser la obra de Oviedo dentro del movimiento regenerador, aunque duda que lo hagan porque el grupo ovetense «anda ahora muy metido en harina republicana». En efecto, a principios de 1899, Altamira observa que el grupo «tiene dificultades que se oponen al concurso directo y franco a la obra de la Cámara». Pero ya que él mismo no interviene en política activa su concurso puede ser mucho más desembarazado y ofrece su ayuda en cualquier otra forma porque tiene «profundo interés en su empresa, cuyo éxito completo deseo con toda el alma, por lo mismo que me hallo identificado con su espirítu y que la creo necesaria y quizá el último experimento sobre este cuerpo abúlico, pero vivo, que llamamos España». Ofrece «discutir y hacer constar mis observaciones en punto a **detalles** del programa de Barbastro que supongo será la base para el futuro programa». Pero cuando Costa pide algo concreto (un proyecto de ley municipal), los de la Universidad de Oviedo se sienten incapaces de ello y es Altamira quien se encarga de dar explicaciones. Ya sólo le queda a Costa dar las gracias a Altamira por su reseña sobre **Colectivismo Agrario,** «hecha con tanta afición al autor como al asunto del libro». Encontramos también una nota personal, el pésame de Altamira a Costa por la muerte de su padre en el que habla de la «sensación de aislamiento, de soledad completa en la vida, que la desaparición de los padres trae consigo».

En enero de 1900 recibe Costa el tomo I de la **Historia de España,** que en su juicio, constituye un servicio singular «prestado a la cultura ex-patria... a las personas de cultura media servirá de refrescar, perfeccionar y metodizar cosas sabidas y acaudárselas; para mí, que no llego a ese grado, será libro de consulta». A ese elogio de un Costa, aparentemente decaído, Altamira afirma que su historia es «un librín modesto, publicado con la intención de que quienes puedan hacerlo bien se animen y lo hagan, con lo cual seré yo el primero que gane». En marzo le toca a Altamira acusar recibo a Costa de «su capital libro de Reconstitución de España» y agrega que «todos hacemos aquí votos fervientes para que la Unión Nacional sea fructífera», pero advirtiendo que los elementos de Oviedo son **«imposibles»,** que con ellos jamás podrían

entenderse ni hacer nada en común porque —conjetura— «como buenos comerciantes y hombres de negocios, desprecian en su fuero interno a los **intelectuales**».

Evidentemente Altamira se refiere a la Cámara de Comercio, de quien dice Costa en su respuesta «la Cámara de Comercio va por su camino, si es que lleva alguno... Aquello es Pidal» y propone a los de Oviedo «hacer una cosa, que no les compromete en nada». Se trata de ayudar en la fundación de una Cámara Agrícola de Oviedo según el modelo de la Cámara agrícola del Alto Aragón, lo cual significa que en ella caben no sólo agricultores sino «todos», es decir, los tan despreciados intelectuales. Costa propone que sea Posada presidente «como lo fui de la del Alto Aragón al fundarse» y exige que no se le escriba para darle excusas «como cuando lo del proyecto de ley municipal». El tono es airado: «son Vds. tan difíciles todos que ya me principia a doler la muñeca de haber escrito esta lata para V., seguro casi de que han de limitarse a encoger los hombros».

Sin enfadarse, Altamira, responde que está ayudando ya en la redacción de la circular de convocatoria para la constitución de las Cámaras agrícolas de Asturias, así como los estatutos. Previene, sin embargo, que la cosa es difícil «por tener minado el terreno el caciquismo».

Costa se acuerda ahora de la lección dada por su amigo en 1898. Simplemente supone a su vez que la cosa ha 'cuajado' y le anima con este comentario: «me he alegrado mucho de ver que ya principian... La universidad en eso: es magnífico. Es una buena **extensión** la compenetración del «seso» con los que trabajan en el taller y en el campo, en una asociación positiva y tangible, para fines generales y locales. Celebro verle a V. redactando la Circular y los Estatutos».

Me parece este el momento cumbre de la influencia política directa de Costa sobre Altamira. Esta acción es más comprometida que un proyecto de ley municipal o un discurso en Tamarite. Tuvo que estar bien claro que aún en un grado menor, Altamira daba la cara y se enfrentaba con el caciquismo del temible Pidal. La última carta de este año, de 15 de mayo, está llena de esperanzas por parte de Altamira: «Si la Unión sigue apretando, acabarán por calentarse los republicanos y el golpe final se dará». En realidad, ya en setiembre Costa se separó del Directorio de la Unión Nacional. El tema no vuelve a tocarse en la correspondencia.

No por ello abandona Costa su preocupación política. Poco antes de la coronación de Alfonso XIII, en mayo de 1902, pone en un Manifiesto su pensamiento antidinástico y vuelve a repetir su programa en 1898, adaptándolo a «Cuatro años después». Necesita que se forme una «Cámara Profesional de España» que firme el aún secreto Manifiesto y escribe a Altamira, bajo absolu-

ta reserva, para pedirle que sea miembro de la Junta Directiva. Altamira, y no es de sorprender, recuerda a Costa «su repugnancia a la política activa», pero afirma que coincide «por completo con la doctrina y finalidad del manifiesto». No cabe dudar que los conceptos políticos de Costa dejan huella en Altamira. El intercambio de ideas no obstante ocurre ahora entre dos seres intelectuales iguales; de aquí que Altamira analice, critique y sugiera cambios en el contenido del Manifiesto.

Vale reseñar que Costa consultó con muchos otros: en carta a Giner enumera los siguientes: Dorado, Cajal, Picón, Melquíades Álvarez, Azcárate, Sales y Ferrer, Benito Pérez Galdós, Piernas etc... y algunas Cámaras, y que encontró parecida o mayor reticencia. El proyecto quedó encarpetado y el Manifiesto, adaptado, se usó cuando, al año siguiente, Costa se adhirió a la Unión Republicana.

En 1903 la salud de Costa declina y escribe a Altamira tan sólo una carta en enero, remitiéndole al mismo tiempo un ejemplar de la Memoria y Resumen de la Información del Ateneo sobre **Oligarquía y caciquismo.** Lamenta no poder componer un artículo sobre la **Psicología del pueblo español** «libro de suma trascendencia y que la nueva generación política debe estudiar ahincadamente» y juzga que la **Historia de la Civilización española** «ha de influir mucho en la reforma de los estudios históricos y del modo de entender la historia de España en los institutos y universidades y en los libros de sus profesores». La carta termina con un tributo personal: «no pierda tiempo en contestarme, que harto ha menester los minutos para esa vida tan asombrosamente activa, que admito y cuya finalidad como español aplaudo y agradezco, lo mismo que respeto a algunos de sus compañeros».

En su respuesta, Altamira alaba el **Resumen** en donde, observa «los extranjeros que se preocupan algo por nuestra situación pueden hacerse cargo de nuestro estado mental y volitivo frente a la Catástrofe, y eso por la cantidad de datos enorme sobre la psicología de la colectividad española que contiene». Eso le lleva a explicar a Costa su propia **Psicología,** obra incompleta, dice, por omitir deliberadamente la psicología actual del pueblo español, que no puede entenderse si antes no se ha estudiado a fondo la historia de España. Urge a Costa a que emprenda esta obra sobre psicología de la nación española: «será un servicio más que deberá a V. el país y dentro de él, especialmente, los que somos sus discípulos directos...».

Más tarde, después de congratular a Costa por su triunfo electoral que le convierte en **representative man** de los republicanos, Altamira le cuenta que en el Congreso de Roma (donde nota con aparente sorpresa que «los italianos nos conocen menos que los alemanes y los rusos») ha hablado de los trabajos de Costa sobre derecho consuetudinario español al hablar del valor de la costumbre en la Historia.

No hay, que yo sepa, correspondencia de 1904, pero en abril de 1905 Altamira manda al Ateneo para Costa dos ejemplares de su libro **Cuestiones modernas de historia** y luego se inquieta por no haber recibido comunicación alguna de Costa, a quien el libro estaba dedicado. Por fin, y solamente en julio, llega el libro a manos de su destinatario quiene escribe enseguida:

> «No sé cómo agradecer a V. la delicada atención de su dedicatoria, que me liga a su obra científica por vínculos espirituales tanto más fuertes y **obligantes** para mí cuanto más gratuitos, nacidos exclusivamente de su voluntad. Me ha hecho gracia verme pariente de libros tales, en que todo es nuevo para mí. Gran honor y satisfacción para mí si lo que dice la dedicatoria tuviese algún fundamento de verdad, si efectivamente me hubiese cabido la suerte de iniciar en el a b c de las investigaciones científicas a historiador y pedagogo de tal bulto y de tanto presente y porvenir para la misérrima España. Para mí me querría la iniciación!».

Las cartas que de este año quedan van dedicadas a comentarios y consejos de Costa sobre otros trabajos de Altamira, especialmente su Memoria sobre derecho consuetudinario de Alicante y las Fundaciones Belluga. Altamira a su vez se permite pedir la colaboración de Costa para **la Revista de Aragón**, a lo que accede éste «si la ocasión (por lo histórico o lo social) se presenta».

En 1907 hay tan sólo una felicitación de Año Nuevo para Costa de «su amigo y discípulo que le abraza cordialmente». En 1908 no escriben ni tampoco en 1909 cuando Altamira está realizando su larga y triunfal excursión por Hispanoamérica, pero en marzo y abril de 1910 Costa le da la bienvenida: «No hablemos de Argonautas, ni de Hércules andante etc., pero no pueden negarse al viaje de V. trazas de mitológico. Por España —¡la pobre!— y por los españoles —si todavía hay otra cosa que bultos— me felicito de su exitazo». Y poco después: «le veo por fin en su casa de Oviedo; por fin le dejarán descansar. Qué mareo! Pero el oficio de **representative man** (Costa le devuelve el cumplido) comprendo que no se alcance a menos duro precio que ese».

En la que fue su penúltima carta a Costa, Altamira declara:

> «Las (cartas) de V. son las cartas de saludo y felicitación que he agradecido más porque sé como V. las escatima y qué valiosa resta de su tiempo significa... Y como V. por su parte sabe también que no le olvido, que no le he olvidado en mi viaje por América, estoy seguro de que se explicará mi tardanza en contestarle... Cuando sosiegue, escribiré a Vd. diciéndole cosas que le importará conocer. Como V. confío más en los de allá que en los de aquí. Pero acaso —y la frase es esencial, creo, para comprender a Altamira— pero acaso, dice, «¿no he ido yo a América con la esperanza de que ella pueda refluir sobre nosotros y ayudarnos a salir de este pantano de pequeñeces, miserias, envidias, intransigencias y cobardías en que nos hundimos?

Nueve meses más tarde, e informándose del estado de salud de Costa a través de la Institución Libre de Enseñanza, Altamira escribe a Graus para recordar a su maestro «cuanto le respeto y le quiero y le estoy agradecido».

No hay contestación.

Pocos días después —el 8 de febrero de 1911— muere Costa, a los 65 años de edad. Altamira tiene 45, y sobrevive a su maestro unos 40 años más.

* * *

Para servir los fines de esta ponencia, quizá haya dado sin querer la impresión de que las cartas son áridas, sin vida interior; pero no es así. Al escribirse, Costa y Altamira se hablan sin ambages, con confianza y honradez: casi todo lo que relatan interesa por la luz que enfoca sobre la vida intelectual y política de ambos y de su época. Es un epistolario de intelectuales que se limitan mayormente a referirse a trabajo que se está haciendo o que queda por hacer. No se notan preocupaciones estilísticas y el lenguaje es con frecuencia coloquial. Hay, sin embargo, una carta en la que Costa reconoce las actividades literarias de Altamira. Se trata de **Cuadros levantinos, cuentos de amor y de tristeza** que Costa ha leído la noche anterior y de los que dice: «Es Vd. un colorista de primera fuerza, y siente admirablemente la Naturaleza y la vida campestre. En lo espiritual hay quizá a veces algo de artificio. Pero, enfin, ¿qué me entiendo yo de eso? En todo caso **placuerunt,** que diría Batilo». Es posible también encontrar la nota ligera que nos informa de detalles curiosos. Así aprendemos por Altamira (sin demasiada sorpresa) que la Biblioteca Nacional era un lugar donde «no se puede hacer nada bien. No conozco otra más incómoda y con más trabas», que Menéndez y Pelayo, como buen español, nunca contesta cartas, y que ciertas personas ingratas ni siquiera acusan recibo cuando se les mandan libros, aun a título personal.

Espero, con todo, haber mostrado, que, efectivamente, hubo una relación intelectual y política entre Costa y Altamira y que ésta tomó la forma de una influencia notable de Costa sobre su joven amigo. La influencia intelectual es indudable: Costa indica a Altamira el camino y método a seguir en sus estudios de Historia. Más tarde, cuando Altamira es ya catedrático y Costa, por el contrario, lleva una vida intelectual mucho más difusa, se ve en Costa una disposición a conceder la superioridad a su amigo en materias de Historia. Igualmente indudable es la influencia política, si bien, a lo largo de los años, se nota también cierta nivelación entre los dos hombres; aunque no siempre de completo acuerdo, Costa acepta críticas y renuncia a ciertas acciones como consecuencia de las observaciones de Altamira.

No cabe duda, sin embargo, que Altamira decía verdad al protestar repetidamente en sus cartas su identificación con Costa, y creo posible que en gran

parte de su actuación se puede reconocer a un Costa internalizado o, en sus propias palabras, a un Costa «redivivo». en su conferencia sobre Costa en 1912, Altamira confiesa con franqueza: «Le amé como discípulo... en mi alma vibraba una voz que me decía: «mucho de lo que eres intelectualmente lo debes a Costa... Le amé porque no ha habido apenas ninguna acción en mi vida de orden intelectual en que no repercutiese de alguna manera su consejo, en que no sonase la voz de atención de aquel hombre».

En esta correspondencia, todos aquellos que, hoy día y por fin, pueden investigar la vida y obra de Rafael Altamira encontrarán material sobrante con que dar a su figura el relieve que a todas luces merece.